

ciones de dolor depositando sus cenizas en el sepulcro de sus antepasados. (1)

CAPITULO XXXI:

Reinado de Mocteuhezuma Ilhuicamina.

Luego que concluyeron las exequias de Izcuhuatl, se reunió el consejo electoral y por unanimidad fué designado para ocupar el trono, el famoso príncipe Mocteuhezuma Ilhuicamina. Habian reinado ya sucesivamente los tres hijos del primer rey Acamapichtzin y segun su legislación ahora debian seguir los hijos de estos, pero prefiriéndose los del que hubiere reinado primero, que fué Huitziluhuitl. Tanto por esto como por los notabies y famosos servicios que habia hecho en bien de la patria, fué electo rey con grande regocijo del pueblo; y su eleccion fué confirmada tambien con mucha satisfaccion por los reyes de Tezcoco y Tlacopan, electores honorarios de la corona de México. Siguieron luego las arengas de felicitacion del senado, las entusiastas aclamaciones de la muchedumbre y mil muestras de júbilo, no solo en el pueblo mexicano, sino en otros varios donde eran conocidas y estimadas sus virtudes.

El rey no quiso proceder luego á la coronacion, porque parece ya regía entonces una ley, bárbara por cierto, de que en aquella solemnidad se sacrificaban prisioneros de guerra: en esta ocasion no los tenian anticipados y el rey salió á campaña para conseguir víctimas. Se acordaba Mocteuhezuma de la injuria que le hicieron los chalcas, cuando salió de embajador á Tezcoco: y para

1. Veytia lug. cit. Clavigero tom. 1.º pags. 259, 160, 161, 162 y 176. Torquemada lug. cit. y caps. 38, 40, 41 y 42.

lavar esta mancha, quiso que aquel pueblo proporcionara los prisioneros sacrificados en su coronacion: salió en persona con su ejército y dada una batalla en que les hizo muchos prisioneros, se volvió luego con ellos sin quererse detener por entonces á someter á la ciudad.

Vuelto de esta espedicion, señaló dia para la coronacion y se preparó todo con la solemnidad debida, siendo entre otras cosas, la presentacion de los tributos de todos los pueblos vencidos: los que los llevaron, formaban una jucida comitiva, precedida de los mayordomos del rey y los recaudadores del real erario; y los representantes de cada pueblo formados en cuadrillas separadas, llegaron á la presencia del rey, presentando cada cual un cuantioso regalo de oro y plata, piedras, vistosas plumas, aves y toda clase de animales y frutos de los que producía cada provincia.

El nuevo rey, animado de los sentimientos de su pueblo y siguiendo la senda trazada por su colega y primo el emperador de Tezcoco, luego que subió al trono se dedicó á procurar el engrandecimiento de su ciudad y entre varias obras que proyectó, fué una la ereccion de un templo. Durante esta obra, salieron un dia dos hijos del emperador con algunos señores de la nobleza mexicana á cazar á los montes inmediatos á Chalco: los rencorosos habitantes de este pueblo, que siempre estaban en vela para vengarse de Mocteuhezuma, hallaron esta vez ocasion oportuna, y aprisionando aquella comitiva, la presentaron al cruel Tetcotzin, quien les mandó dar muerte y secar sus cadáveres, salándolos para evitar su corrupcion: y para satisfacer el odio en que ardia su corazon sanguinario, puso aquellos cadáveres en derredor de su trono, poniendo en sus manos las hachas de ocote con que se alumbraba de noche.

Apenas se tuvo conocimiento de un hecho tan bárbaro, á la vez que injurioso para la dignidad real de Tezco-

co y México, se propuso Nezahualcoyotl tomar venganza de un hecho tan atroz y pidió auxilio á sus aliados. El ejército tezcucano al mando del bizarro príncipe Axoquetzin hijo del emperador, acometió por tierra y el de México y Tlacopan marchó por agua. A pesar del vigor que el despecho inspiró á los chalcas, fueron vencidos: su señor Tetcotzin, que para alentar á sus soldados se habia hecho conducir al campo en hombros de sus vasallos, por la impotencia á que lo tenia reducido su vejez, cayó prisionero y con la vida pagó las atrocidades con que irritó el furor de sus enemigos: la ciudad fué saqueada y sometida al trono de México; y el inmenso botín, fué repartido entre los tres reyes segun lo estipulado en las bases de la triple alianza.

Cuando Moctehuzuma hubo concluido esta expedicion, halló preparado otro nuevo teatro donde ejercitar su valor y pericia militar: el rey de Tlaltelolco, que habia preparado la enemistad de su pueblo con el mexicano desde el reinado de Izcohuatl, mientras Moctehuzuma ocupaba su atencion en la provincia de Chalco, volvió á intentar su deseo de ligar algunos pueblos para abatir el poder de México y apoderarse de él; pero conociendo el rey estos preparativos, se anticipó en la ejecucion, dando un asalto á la ciudad y mandó quitar la vida á Quauh-tlaotzin. Mandó que se eligiese rey á Moquihui, y sin querer que aquel pueblo se sometiera enteramente á su corona, se conformó con que quedara obligado á ayudarle en sus empresas.

Los primeros nueve años del reinado del infatigable Moctehuzuma, fueron otros tantos de conquistas con que el reino de México se engrandecia: despues de estas guerras de Chalco y Tlaltelolco, emprendió otra contra los Coahuixques, que habian dado muerte á unos mexicanos, y la victoria de sus armas estendió sus dominios, en todas las ciudades de ellos, mas de cin-

cuenta leguas al norte y lo mismo al poniente. Volvió el ejército victorioso á la capital de su reino, y el soberano hizo engrandecer el templo de Huitzilopochtli, adornándole con los despojos de los vencidos.

En el año de 1446, décimo del reinado de Ilhuicamina, abundaron de tal modo las lluvias, que las aguas del lago no pudiendo contenerse en sus antiguos límites, anegaron la ciudad de México, destruyendo gran parte de sus fábricas y causando muchos males á sus habitantes que solo en canoas podian atravesar las calles. Para poner remedio á un mal tan grave, el rey ocurrió luego á los sábios consejos de su primo Nezahualcoyotl; y este ilustrado monarca trazó un dique para contener las aguas. Aquella grandiosa obra, digna de compararse con las mas famosas de los romanos, consistia en dos estacadas paralelas con un terraplen de piedras y arena en el espacio medio, teniendo nueve millas de longitud, once brazos de ancho y la profundidad que era necesaria, pues en algunos lugares era extraordinaria la que presentaban las aguas. Los habitantes de Azcapozalco, Xochimilco y Coyohuacan, tuvieron que ministrar los millares de estacas, que muchas tenian que ser de los pinos muy elevados de las cimas de las sierras y eran conducidos entre una multitud de hombres; pero como los mismos reyes y nobles eran los primeros en llevar adelante el trabajo de aquella famosa empresa, todos los pueblos estimulados se agrupaban á contribuir con su esfuerzo; y en poco tiempo quedó concluida la obra tan útil á México y que es un monumento del ingenio y el esfuerzo de aquellos pueblos.

Cuando los mexicanos se ocuparon en esta obra, á la que concurrieron los pueblos aliados y tributarios, volvieron á intentar otra rebelion los chalcas; pero fué vano su intento, porque los mexicanos no descuidaron

sujetarlos, aplicándoles el correspondiente castigo á su temeridad.

En medio de estas guerras y la calamidad de la inundacion, el pueblo mexicano no solo no se abatió, sino que halló medios de ensanchar su grandeza; pero el año de 1448, á causa de una nevada, que es la primera de que da noticia la historia y que cubrió todo el suelo del valle en una capa de tres pies, y los fuertes yelos que sobrevinieron en seguida, se espermentó el hambre, plaga que prolongándose los años siguientes, vino á hacerse asoladora en el año de 1452. La liberalidad del rey y de los nobles, abrió al pueblo los graneros que en los años anteriores habian llenado los tributos de los pueblos vencidos; pero cuando se consumió este recurso, la gente se vendia por unas cuantas mazorcas; y muchos que peregrinaban en busca de alimento, morian en los montes, consumidos por el hambre y el cansancio. Los peces, insectos y yerbas del lago, volvieron á ser los únicos alimentos de aquel miserable pueblo, hasta que las cosechas de su año secular de 1454, vinieron á proveerlos con abundancia de granos y legumbres.

En el tiempo de la calamidad, los mexicanos que en su trabajosa peregrinacion pasaban por el país de los Mixteques, recibian toda clase de daños, vejaciones de Atonaltzin señor de Coaixtlahuacan: y cuando ya con la abundancia de frutos, el pueblo recobró su antiguo brio, mandó Moctehuzuma una embajada, pidiendo satisfaccion por estas hostilidades á aquel poderoso caudillo; pero este, envanecido con su poder y el aprecio de sus súbditos, trató con desprecio la embajada del rey mexicano y aceptó la guerra. Luego se preparó un ejército entre los tres aliados: y poniéndose en campaña, en el primer encuentro se empañó la gloria de las armas

mexicanas y quedó destruido su ejército por la bravura de los mixteques.

Este triunfo de Atonaltzin: que fué una desgracia para Moctehuzuma, produjo en ambos el mismo efecto: irritado el orgullo de los dos caudillos, se prepararon para un nuevo lance. El primero solicitó el auxilio de los tlaxcaltecas y Huexutzinco; y el segundo el de los aliados: esta nueva expedicion quiso mandarla en persona el mismo rey, indignado no solo por la derrota anterior, sino porque acometiendo los Tlaxcala y Huexutzinco á una ciudad guarnecida por tropas mexicanas, hicieron pasar á cuchillo á todos los soldados vencidos. Se dirigió pues, al lugar donde estaba el mismo Atonaltzin con el grueso de sus fuerzas y las acometió con tanto ímpetu, que en el primer encuentro quedaron vencidos, con una espantosa mortandad. Atonaltzin quedó en poder del vencedor, que se apoderó de la ciudad de Coaixtlahuacan y llevó adelante su conquista, hasta Cozamalcapan y Quauhtolco.

El año de 1457 emprendió otra guerra contra la provincia de Cuertlactlan ó Cotasta, situada en las costas del seno mexicano y fundada por los olmeques que fueron espulsados por los Tlaxcaltecas: para esto se preparó un ejército de los tres reinos aliados y todos los pueblos tributarios, yendo en el mexicano los tres primos del rey, Axayacatl, Tizoc y Ahuitzotl, que despues ocuparon sucesivamente el trono de México. Estaba ya en marcha el ejército cuando Moctehuzuma supo que á los contrarios se habian aliado los Tlaxcaltecas, Huexutzincos y Cholulenses, formando entre todos un ejército muy crecido y resuelto á vengar la derrota de la mixteca: creyendo el rey que la ocasion no era oportuna para concluir esta guerra tan desventajosa, mandó correos á ordenar la contra marcha del ejército; pero cuando estos llegaron estaban ya al frente del enemigo. Algunos gefes que-

rian cumplir la órden del soberano y otros se oponian, prevaleciendo al fin la opinion de los primeros y el ejército iba á retroceder; pero en tan apremiante caso, Moquihuix rey de Tlaltelolco dijo. «Retrocedan en buena hora, los que tengan ánimo de volver la espalda al enemigo, que yo con mis Tlaltelolques conseguiré el honor de la victoria. No se engañó en esto, porque estimulados de este modo los generales, se resolvieron á permanecer en el campo y dar la batalla, que ganaron con tanta ventaja, que hicieron mas de seis mil prisioneros, los cuales condujeron á México. En aquella provincia quedó suficiente guarnicion para mantenerla reducida á la obediencia de México y las tropas volvieron á recibir el premio de su triunfo y celebrar sus fiestas. Mocteuhezuma premió la heroica decision del rey de Tlaltelolco, dándole para muger una prima suya nieta de Acamapichtzin y mandó celebrar la fiesta de dedicacion del lugar sagrado para depositar los huesos de las víctimas, llamado Quixacalco, en cuya solemnidad se sacrificaron los seis mil prisioneros de los vencidos de Cotasta.

En este tiempo los chalcas habian hecho prisioneros al señor de Ehcoatepec hermano del rey de México, con algunos otros mexicanos; pero esta vez los chalcas no usaron de su acostumbrada crueldad y mas bien quisieron sacar otro partido de su presa: le ofrecieron á su ilustre prisionero coronarlo por su rey, pensando con esto substraerse al castigo de los mexicanos y formar un pueblo que con el tiempo pudiera superarlos; pero el príncipe cuyo nombre no se dice en la historia y yo presumo seria el heroico Tlaeeltzin, despues de repetidas instancias, aparentó condescender y para ese fin, mandó poner un tablado muy alto en el centro de la plaza. Desde aquella altura á que subió con un ramo de flores, dijo á los mexicanos que rodeaban el palo en que se hallaba el tablado. «Sabed, valientes mexicanos, que se me ofrece

la corona de Chalco; pero no permita nuestro dios que yo la acepte haciéndome traidor á mi patria: antes con mi ejemplo os quiero enseñar á estimar mas la fidelidad que se le debe, que la propia vida.» Diciendo esto se precipitó al suelo donde perdió la vida: y los chalcas irritados por este exeso de magnanimidad, admirable aunque nacida de la barbarie, se arrojaron sobre los mexicanos y les dieron muerte á todos.

A la siguiente noche de esta tragedia, se oyó el lúgubre canto de una ave nocturna y aquel pueblo supersticioso, aterrizado sin duda por la conciencia de sus crímenes, presagió su ruina, que efectivamente estaba muy cercana. Mocteuhezuma irritado por la rebeldía de este pueblo, declaró la guerra y decretó el completo estermio de los culpables: como señal precursora de su venganza, mandó encender en la noche grandes hogueras en la cima de todos los montes, imágenes de su furor, para consumir la ruina que habia fulminado. Preparó su ejército y marchó sobre la desgraciada provincia, que no pudo ahogar en su sangre la cólera del monarca, pues solo escaparon del tremendo castigo, los que pudieron abrigarse en las cabernas de los montes. Despues de saqueada la ciudad y esterminados sus habitantes, la desventura de los restos de aquel desgraciado pueblo, ablandó el noble corazon del soberano y concedió indulto para los fugitivos: mandó á sus soldados que los volvieran de los montes y los distribuyó en otras poblaciones. El territorio de Chalco fué dividido entre los mas dignos del ejército.

A esta expedicion siguieron aun otras conquistas, que al fin de este reinado de Mocteuhezuma el grande, hicieron estender los dominios de la corona de México, hasta el golfo mexicano; comprendiendo el país de los mixtecas, la ciudad de Chilapan, todo el valle del Anahuac y el estenso país de los otomites. Y mientras se esten-

dia así por fuera el poder de la corona, aumentaba en la capital su esplendor: sábias leyes para el arreglo del gobierno civil y el fomento de la religion, habían hecho al rey muy estimado de su pueblo que puesto en el pedestal de una vida sóbria y morigerada, se alzaba como un coloso adornado de la gloria de sus innumerables conquistas en los pueblos enemigos por la fuerza de las armas y en el corazon de sus súbditos por sus virtudes. Este reinado, que fué glorioso entre mexicanos, terminó el año de 1464. La muerte del gran Mocteuhtzuma fué honrada con lágrimas de un justo dolor; y sus exequias tuvieron toda la pompa que supo inspirar la gratitud de un pueblo reconocido á los cuidados de su soberano.

CAPITULO XXXII.

Legislacion del reino de Tezcoco y consejos creados por Nezahualcoyotl.

A la grandeza y esplendor á que llegó México durante el reinado de Mocteuhtzuma no solo contribuyó la famosa alianza con las naciones acolhua y teapaneca, por medio del emperador de Tezcoco y el rey de Tlacopan, sino particularmente la sabiduría de Nezahualcoyotl á cuyos ilustrados consejos se recurria muchas veces y otras á la imitacion de las medidas con que hizo florecer su reino. Este sabio y prudente soberano, no empleó su ambicion en aumentar los dominios de su corona, ó tanto en labrar la felicidad de sus súbditos, con el auxilio de una sabia legislacion: si el intrépido Mocteuhtzuma que fué el mas famoso guerrero de la dinastía azteca, hubiera imitado en esto tambien á su ilustrado primo y á esta esfera se hubieran circunscrito los deseos de sus sucesores en el trono, tal vez habria sido otra la suerte

de estos pueblos en el dia de la prueba: las armas castellanas se hubieran estrellado, ante la invencible muralla de los reinos unidos; y el Anahuac, no habria gemido tres siglos, bajo las cadenas de la esclavitud, con que lo aherreojaron los monarcas españoles, ahogando su vida en la sangre de sus mismos hijos y destrozando los laureles de su gloria al filo de las espadas de sus ambiciosos soldados.

El grande emperador Nezahualcoyotl, fiel al cumplimiento de sus compromisos en la triple alianza, mandó muchas veces sus soldados á las batallas que sujetaron á la corona de México, las provincias mas lejanas; pero en el interior de su reino, no quiso deber el engrandecimiento á los despojos de otros pueblos, que entre sus pliegues traian la sangre de los vencidos y los gemidos de las víctimas: sino al influjo poderoso de la moralidad de las acciones, nacida de una legislacion justa y ejecutada por magistrados íntegros. Así que, su principal cuidado, fué establecer en su reino la legislacion que habia hecho desaparecer el brazo de los tiranos. Algunos de los historiadores dicen: que fueron ochenta las principales leyes que dictó aquel sábio monarca; pero sin dar noticia de todas. Aquí presentaré algunas de las que tenian por objeto impedir la perpetracion de los delitos que segun parece, no todas fueron dadas en su reinado; sino solo puestas en vigor muchas existentes ya en tiempo de sus predecesores y tomadas del infortunado Topilzin último vástago de la dinastía tolteca; pero Nezahualcoyotl aumentó la legislacion en los puntos que faltaba y arregló á la justicia y equidad natural lo que estaba establecido, moderando el rigor exesivo de algunas leyes.

El adulterio se castigaba apedreando á los cómplices; y si se tomaba á los reos *in fraganti* eran ahorcados. El incestuoso debia tambien morir ahorcado: y probán-